

## Pimentonero

He aquí una profesión murciana que puede exhibirse como modelo de honestidad, de amor y de legítimo orgullo de y por el oficio: la de pimentonero. Pocas profesiones llevan tan a flor de piel, tan a la pata la llana, tan sin melindres, su insignia o matrícula gremial como la del pimentonero. Oficio este tan antiguo, tan noble, tan medularmente murciano, tan típico —no tópico— de una sociedad que desmiente todos los cargos que se le hagan de abúlica y somnolienta para pregonar, a despecho de incrédulos y para tormento de biliosos, la virtud del honrado trabajo, del trabajo que no avergüenza, del trabajo que enorgullece.

Puede el camarero quitarse la chaquetilla blanca y su pajarita negra; puede el mecánico ocultar su mono azul; puede el ordenanza camuflar su chaqueta de botonadura metálica; puede el limpia dominguero esconder bajo un saco su caja de zapatos; pueden hacer todos con su atuendo lo que les venga en gana, ¡faltaría más!, que el pimentonero irá y vendrá por la calle, entrará en el Banco o en Hacienda, comprará en la Tercena o en la Alegría de la Huerta, irá a misa o a ver al alcalde..., mostrando siempre, sin remilgos, orgulloso, el polvillo rojoamarillento de su vestimenta, que es como escama de oro, como polvo de dehesa.

Se le verá en la taberna tomando un carajillo o un vaso de vino; o en la plaza, aguardando la llegada del camión que habrá de cargar; o conduciendo su bicicleta camino del secadero. ¡Ah, qué envidia despierta quien es feliz siendo lo que es, no ambicionando lo que no puede ser! El pimentonero luce el polvillo del pimentón en el mono, en la muda, en el moquero, en las alpargatas, en la bici, en la boina, en el rostro, en las manos y principalmente en las cejas. Las cejas de un pimentonero murciano parecen las de Zeus, aquéllas que, al moverse, provocaban los rayos, los truenos, las tormentas. Y en efecto: si un pimentonero, por un casual, pestarea más de la cuenta en la taberna donde repone fuerzas con un vaso de Jumilla y un pincho de rechigüelas provoca de inmediato una tormenta. Pero no una tormenta más, común y cotidiana, sino una tormenta amable, sin mayores consecuencias; una tormenta de estornudos proveniente de los parroquianos alérgicos, de los parroquianos de nariz no hecha a soportar las fuertes emociones de la picazón. ¡Ay, qué carga de poesía homérica no entrañarán las cejas, por lo general rígidas, enhiestas, cerdosas de los pimentoneros murcianos! Ya es raro, ya, que aún no hayan sido vistas por los escritores locales, ni pintadas por los Apeles esas grandes cejas de pelos entiesados por el polvillo del pimienta que dan a la cara de los pimentoneros una grotesca mueca de exotismo. Son las de los pimentoneros cejas escarchadas, sólo que de escarcha púrpura, tal que los bonetes cardenalicios, y no blancas como las de los montañeros. Y si purpúreas cardenalicias, rojas, áureas —según reflejos— son sus cejas; no zagueros en interés plástico quedan los bigotes y el cabello y, en general, todo lo expuesto al travieso polvillo que despiden los molinos; los cuales tintan las cabelleras, sí, con un halo de color granate, color vino, color de tierra descarnada, porque esta tierra murciana es pura sangre, corazón abierto, hospitalario y leal, como supo ver y premiar el sabio monarca Alfonso X al legar a la tierra, para que lo conservara entre paros, el regio pimienta que le latía en el pecho.

Hay que visitar la meca del pimentón murciano: Espinardo, para ver que cuanto aquí se dice es cierto. Y añadiré punto más: tanto lisonjea al pimentonero su quehacer, tanto le anima a no ocultarlo, que sale a la calle llevando en la cabeza un gorro hecho

con un moquero anudado en las cuatro puntas, el mismo que hacen otros para protegerse de la lluvia, el que usa él para defenderse también de la lluvia, la lluvia polvorienta que origina la rueda al destrozarse la cáscara, piedra contra piedra, muela contra muela, en el molino. Así que cuando se tercia salir a la calle, el molinero sale sin más "qué dirán", sale a trabajar, claro, a voltear la cáscara, camino del almacén o a darse una vuelta por otro molino. ¿Por qué, sin embargo, el cocinero deja su alto gorro blanco en el perchero para salir a la plaza? ¿Por qué el barbero se desprende de la bata blanca? ¿Por qué el botones oculta la gorra en un sobre para que no se la vean? ¿Por qué, oiga, esta humilde desenvoltura del pimentonero que va y viene, despreocupado, mostrando orgullosamente su dermis de binza y su escama de polvo, la capa de armiño de su pimentón? ¿Por qué esta sencilla conformidad? ¿Por qué este bravo orgullo gremial suyo?

El pimentonero murciano es admirable en muchos aspectos, tanto el de Espinardo como el de Cabezo de Torres, el de Molina de Segura como el de Lorquí, tanto el de pueblo pequeño como el de pueblo con ínfulas de ciudad, o, incluso el de ésta, el que podía verse (¿puede verse hoy?, maldita la pena, me temo que no, ni siquiera su molino nuestros molinos) faenando en los molinos ribereros del Segura, por donde el Malecón se hace abrazo y el León sonrisa; o por los de allende el Puente de los Peligros, a tiro de honda el arco de Camachos. El pimentonero se levanta con el alba para ir al molino, donde el maestro molinero dirige la molienda. Moler bien el pimiento es fundamental. No basta con que sea buena cáscara y con que esté bien seca; hay algo más, hay un cúmulo de aspectos coincidentes, a cuidar. Un buen molinero no se improvisa. El buen molinero se hace, claro, como casi todo. Y se hace en una familia de molineros que se transmiten los secretos del "punto" de padres a hijos. Darle el "puntico" adecuado a la molienda se aprende de los mayores, y también el cabal conocimiento de qué puede dar de sí una cáscara, si conviene molerla con agua o con aceite, si admite o no binza y en qué proporción, y el qué hacer con los rabos... Hoy rige un código engorroso, amplio y sutil que condiciona. Pero ayer mismo no había más código que la santa voluntad del molinero. El, y sólo él, era, sabía lo que es la cáscara y él, sólo él, decía cómo molerla. Y que no le fuera nadie con avisos y advertencias, fórmulas matemáticas, que el molinero habría de replicar muy ufano: "En mi molino mando yo". Y como mandaba, claro, en su molino, el mérito, los aciertos y los reproches por los fracasos los gozaba o sufría con estoicismo, con profesionalidad, el molinero. El molinero era ¡cómo no!, el rey de su molino. el dueño y señor, el que hacía y deshacía ajeno a formulismos e imposiciones burocráticas ignorante del álgebra y de los microorganismos. Hoy el molinero ya no actúa en solitario, ¡viva la comunidad!, ahora ha de regirse por lo que a muchos miles de kilómetros, al otro lado del charco, por donde dicen que América se hace ancha y democrática, dicta irrevocablemente la "hijoputa". (La "hijoputa" es la máquina autocrática, dictadora del liberalismo americano.)

Mentarle al pimentonero murciano el USA Food And Drug Administration es, lagarto lagarto, como nombrarle la bicha. Tóquese ferro, madera, por si acaso. El maestro molinero cruza los dedos, exorciza, hace conjuros, porque nunca está seguro de si acertará o no con los grados, de si llegará el pimentón a USA bien de olor, color o sabor, ¡qué finura maestro!, antes era su propio dedo, el dedo que ponía en la molienda, el dedo que se llevaba a los labios con atávica sabiduría, el dedo que chupaba—no se lo chupaba— a fin de paladear cuidadosamente el producto, para acabar exclamando: " ¡En su punto! ¡No me lo toques, no me lo toques más!" Ahora no, ahora ¡qué tiempos! hay una computadora: la "hijoputa", según mienta o debiera mentar el molinero. Un

maldito aparato que tras encender luces y pilotos de varios colores y grosores, transistores e intermitentes, acaba escupiendo una ficha en la cual se lee que "el pimiento no pasa porque lleva pelo de ratón".

—Del ratón de su madre de ellos.

Responde inevitablemente el pimentonero, ¡Jesús, qué boca!, antes de decir otras lindezas que no son para escritas. Y no es que el pimentonero sea un malhablado, ca, es que pende continuamente sobre su camota —y le pesa, claro— la espada de Damocles de cualquier puñetero roedor que se adentre en el molino, en su molino, el molino que fiscaliza la "hijoputa", la computadora de los americanos. Pero, ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo impedir, donde tanto y tan apetecible comestible hay, que entre una rata —una o media docena— con su banda de hambrientos mozuelos? El pimentonero lleva a cabo su labor con suma atención y se auxilia de perros rateros; pero lo que no puede hacer el pimentonero es convertirse él en perro guardián y buen ratero para tener contenta a la "hijoputa", la computadora de los americanos, según la nombra cariñosamente el pimentonero, con ese franco afecto que mata.

El cambalache del pimentón es delicioso. Palabra. Comienza en la buena compra. He aquí el quid de la cuestión. Hay que tentar la suerte de la oferta propicia, hay que llevarse la mejor cáscara al precio más ventajoso... A veces comprando incluso en la tierra, tras lo cual no queda sino atarse bien los machos, cruzar los dedos, encender varias velas a la Fuensanta y rogar porque llueva o no llueva, según convenga; pero, sobre todo, porque no granice. El granizo es el cólera del pimiento, su gran cáncer, su puntilla, su muerte. Luego de bien recogido y pesado, el pimentonero dispone que la cáscara sea puesta a secar, cosa que ahora se hace con más seguridad. Sin embargo, hay que decir en aras de la verdad, que el asunto ya no tiene el encanto de antaro. Antaro los cabezos aparecían rojos, llameantes, como incendiados por un sol que metía no poco color y locura en el corazón de los pimientos. Se extendían éstos sobre zarzos de caras, —¿se hace aún? Cada día menos, esa es la verdad— en previsión de que una inoportuna lluvia obligase a ponerlos a toda prisa bajo resguardo, digo yo que sería por eso, por eso y por facilitar las tareas, los trasiegos. ¡Cuántas ideas jubilosas no habrán metido en las ilustres molleras de los doctos caminantes del Malecón los pimientos puestos a secar en el Molino de Funes! ¡Cuánto calor, cuánto resplandor no habrán dado a la límpida poesía de Jorge Guillén, el cuasi nobel, el nobel a la española!

Yo he presenciado innumeradas veces recoger a toda prisa los zarzos de los pimientos porque al cielo azul comenzaban a salirle ojeras negras y amenazaba lluvia. ¡Cuántas carreras, cuántos ires y venires llevándolos entre varios como si fueran parihuelas! ¡Cuántos temores y afanes puestos en aquellos pimientos que eran el patrimonio de una empresa familiar! A otros pimentoneros, no sabría decir a cuántos, los he visto quedarse con la vista perdida en el horizonte, por ese horizonte por donde escapa la nube traicionera que había hecho trizas su cáscara, la cáscara que tenían ya a punto de molienda. He visto, sí, su rostro rígido, su boca prieta, sus manos flácidas, sus ojos maldicientes...; pero les he visto, doy fe, aguantando con agallas, con incuestionable genio de negociante emprendedor íntimamente dispuesto a no permitir que la adversidad vaya más allá de arañarle, de marcarle con una úlcera, con una o con dos, o incluso con tres, el duodeno o el píloro.

¡Qué rectitud de carácter, qué aguante, qué estómago, qué belicosidad la de estos murcianos rurales que recorrieron de punta a cabo España en trenes borregueros deshaciéndose el cóccix en el asiento de tabla u oxidándose el cúbito en la ventanilla de los gusanos reptantes, de los trenes de vía estrecha! Esos murcianos, por lo general rurales, que se establecieron en la Vera, tan lejos de la "torrecica", para aprovechar aquéllos pimientos de toque más picante; esos murcianos que durmieron en posadas pueblerinas, en ventas, y hasta en salas de espera de estaciones paupérrimas; esos murcianos que sin más bagaje que su empírica sabiduría, su gramática parda, su rústico panocho, su francés mascullado malamente y su inglés aprendido de oído, se lanzaron viento en popa a conquistar el New York del postgansterismo. Estos mercaderes admirables —no sé si admirados; aunque me malicio que no— que abrieron a braza mercados y formaron sociedad, sociedades, con los ricos magnates de California, y que hablaron de grados Asta, y que cotizaron en dólares y en libras, en francos y en liras, en yens japoneses y en rublos rusos, que ofertaron en mil idiomas a todos los países reconocidos y a otros que descubrieron o que se inventaron ellos. ¡Qué murcianos, señores, qué murcianos! Y aún habrá algún viajero inoportuno insolente y pitarroso ( ¡Santa Lucía les conserve la vista!) que diga, maestro, que aquí nadie da el callo, que somos abúlicos e indolentes, que nos miramos el ombligo, que no doblamos el lomo, que no la hincamos, oiga.

Y ved cómo del pimentonero asalariado he pasado en un tris al pimentonero empresario, sin olvidarme del "molinero" que está, claro, es un estadio intermedio. Perdón por el enredo. Pero no sé de otro modo, si es que lo hay, de referirme a este ramo donde tan entreverado está el escalafón que son varias las personas oficiantes, o dicho en otras palabras, varios eslabones de una cadena principalísima, una cadena que puede ser de ida y vuelta. Sé, por ejemplo, de algún empresario pimentonero a quien su mala fortuna o pésima administración volvió a la condición de peón; y sé también de algún peón que a fuerza de trabajo, observación y voluntad llegó a molinero titular, y que después se independizó para montar su propio negocio, apenas doscientos metros bajo un cobertizo de cañas y unos sacos de cáscara comprados de fiado o con los pocos ahorros de sus muchos desvelos sobre la piedra, y que la fortuna le sonrió y le elevó a empresario, dueño y señor de su propio negocio. Me quedaré con éste. Ahora es, obviamente, más rico, sí; pero ¿más feliz? ¿Más feliz que cuando salía a la plaza con las cuatro puntas de su paruelo anudadas en la chola para que el polvillo no le manchara el cabello más allá de lo conveniente? Posiblemente no; porque éste ya no puede cantar con la alegría de antes, con aquella tranquilidad con que vigilaba la operación de afilado de las piedras, con aquel júbilo con que se asomaba a las torbas para controlar las cáscaras, con aquella decisión con que ordenaba las mezclas, con aquella sana pachorra con que se llevaba el dedo a la boca y exclamaba luego: " ¡Dale otra vuelta, chacho!" Ahora son otras, más sustantivas, sus preocupaciones: el contrato pendiente de servir, la plantación expuesta al pedrisco, las letras impagadas, el crédito por renovar, la declaración a Hacienda, la visita de los árabes, de los alemanes, de los californianos...

El pimentonero que digo salía a la plaza envuelto en polvo rojo sin envidiar para nada la albura de las palomas. Es el mismo que hoy duerme en hoteles de cinco estrellas, porque hay que aparentar, porque hay que conservar y aún mejorar la imagen. Aquel que ayer sacaba su moquero lleno de pimentón, hoy luce florentinos paruelos de "seta naturale". Ayer el pimentonero asalariado cogía su sobre con el jornal, se tomaba unas caras y se compraba un cartucho de castañas para calentarse los dedos; hoy: cobra dividendos de un montón de sociedades, bebe güisquy en los coktails de trabajo y se

enfunda los dedos en guantes de cabritilla. Ayer: iba el pimentonero de compras con su mujer; hoy: le tiene abierta una cuenta en el supermercado, en el gran almacén, le da la chequera y libertad para comprar y confía la revisión al contable. Ayer: se almorzaba el pimentonero un pollo mareado; hoy mastica con desgana unas pechuguitas al Asta borgoñadas. Ayer: el pimentonero concebía hijos con su cónyuge; hoy: lleva a abortar a Londres a la amante. Ayer: cantaba, reía, bebía, se pedaba nuestro pimentonero; hoy: calla, sufre y vomita. Ayer: comía acelgas por necesidad; hoy: por prescripción facultativa. Ayer: no tenía más dolencias que la gripe común y las hemorroides; hoy: padece pielitis, arteria discal y angostura de uretra. Ayer: moría de hartazgo; hoy: sobrevive a cuatro infartos de miocardio y a dos metros de mondongo que le extirparon.

Muchas cosas han cambiado en la vida de este supuesto pimentonero; como muchas cosas han cambiado en el negocio del pimentón. El secado mecánico, por ejemplo, evita los riesgos del secado natural. El código alimentario manda, obliga, condiciona; pero en el fuero interno de todo pimentonero late viva la certeza de que no merecerá la pena ser de este oficio, pertenecer a este gremio, cuando las fórmulas se dicten matemáticamente por las computadoras, hijas o nietas de la "hijoputa" americana; y la legislación sea tan rígida que obligue a vestir con bata blanca. Entonces, amigo lector, cuando esto sea —que ya lo es— un hecho, asistiremos al triste otoñar de ese querido artesano nuestro que nos tendía sin ningún reparo su mano plena de pimentón, esa que hoy, después de civilizarse, a fuerza de tantos y tantos refinamientos, va perdiendo su añosa sensibilidad y amenaza ya con no servirle para dar el punto al pimientito, el puntico de la molienda.